

# Monsiváis: mirada que desarma

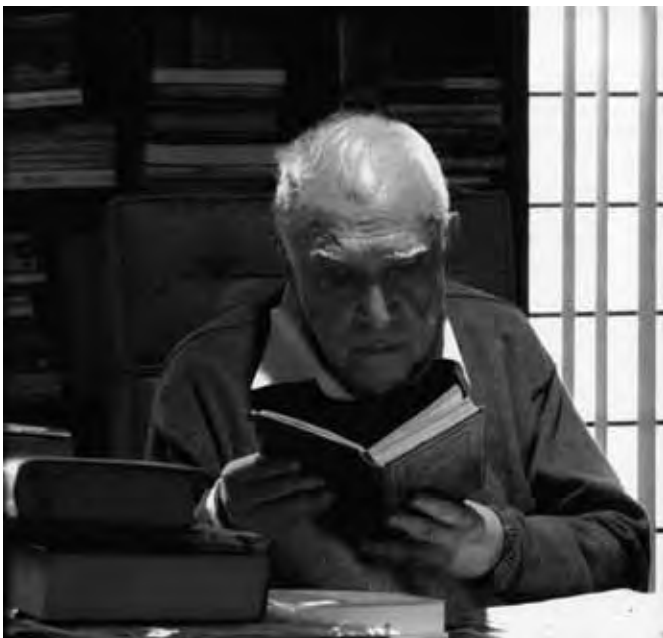
Francisco Pérez Arce\*

Monsiváis podía ver el todo y al mismo tiempo destacar sus partes. El todo puede ocultar la parte, es necesario desarmarlo para entenderlo. Desarmar nuestra identidad para tener identidad. Desarmar al país para tener país. Desarmar la memoria para tener memoria. Desarmar la cultura para entender que es nuestra. Mostrarnos lo que nos gusta y lo que no nos gusta. No hay manera de aproximarnos a esos pedazos sin ironía. Las crónicas de lo diverso y el coleccionismo de lo inesperado son formas de desarmar lo que afuera, en el mundo real, es un todo intrincado.

Porque era capaz de desarmar lo intrincado, Monsiváis será recordado de muchas maneras. Como escritor inaprehensible: cronista, ensayista e historiador, y las tres cosas juntas. Como descubridor de una realidad que él podía ver mejor que nadie, o antes que nadie. Como inventor, por inventar maneras de calificar fenómenos. Como ensayista que analizó lúcidamente la literatura mexicana. Como coleccionista de objetos de arte y de la vida cotidiana, característicos y excepcionales, que retratan una sensibilidad, una época, la vida real de un país. Como acuñador de frases inesperadas, certeras e inolvidables. Como dueño de una memoria extraordinaria: a sus 72 años era capaz de recitar poemas extensos de autores antiguos y que no lo son tanto. Será recordado por su mirada irónica. Será recordado por su adhesión a las causas justas, partidario de los obreros y los indios, de los pobres y los reprimidos, de los movimientos y las resistencias, del heroísmo cotidiano de los seres invisibles que de pronto se hacen visibles, de las batallas perdidas que nunca lo son del todo. Será recordado como libertario, por su afecto innato y radical por los derechos humanos. Será recordado por su gran cultura. Se le seguirá llamando "sabio", como se le llamó en un cómic con un acento irónico: "el sabio Monsiváis". Será recordado como antiolemne, demoledor implacable de la historia de bronce, buscador de nuevas historias, explorador, analista. Será recordado por todo eso.

Será recordado también como personaje, como emblema de la ciudad de México, como habitante de la colonia Portales, como ser ubicuo, capaz de estar en dos puntos distantes de nuestra geografía al mismo tiempo. Por su voz en la radio, entrevistado con cualquier pretexto, o en la televisión o la prensa con su imagen descuidada, su peculiar manera de andar despeinado, su ropa casi siempre desastrada. Por ser dueño de muchos gatos, a los que cuidaba y quería. Por ser reconocido en todos los rumbos de la ciudad y del país por gente que a lo mejor nunca había leído un libro de él ni de nadie.

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.



El listado puede hacerse tan largo como se quiera. Por eso es inaprehensible y, afortunadamente, incatalogable. Nadie lo podrá reducir a un cliché. Ni su obra escrita podrá quedar completa en los tomos que ustedes quieran. No habrá Obra Completa que logre serlo realmente.

Lo que sí resulta una certeza es que nadie podrá comprender la segunda mitad del siglo xx y la primera década del xxi mexicanos sin recurrir a la obra narrativa de Monsiváis. Hay, además de ese periodo que relató en sus crónicas-historias-ensayos, temas más allá de lo temporal que tampoco pueden obviar su obra: la cultura popular y la identidad nacional, bien imbricadas una y otra, y asentadas en un periodo histórico de más de un siglo, de la Reforma al neoliberalismo.

Monsiváis no puede evitar que su mirada sea crítica en su sentido más despiadado, lo que significa que sus propias afirmaciones, sus propias certezas, si las tiene, son también inmediatamente puestas en duda, o al menos son materia de su implacable ironía. Quizá por eso siempre sonreía: sonreía si era aplaudido y comprendido, y también cuando era aplaudido e incomprendido. La burla, la ironía, estaban siempre al borde de sus frases, incluso de las más serias. Huía de la solemnidad como quien corre por su vida. Cualquier afirmación suya requería una inmediata acotación. Cualquier frase concluyente no es sino el punto de partida de una nueva pregunta que no es sino la prolongación de la duda original.

Y sin embargo su punto de vista no es inocente: no elude tomar partido. Puede criticarlo pero no duda en asumirlo.

El suyo es el punto de vista de los oprimidos, de los marginados, de los ninguneados, de los discriminados, de los reprimidos, de los desarraigados. Ahí encuentra su lugar verdadero. Su crítica crítica, o su burla burla, no lo llevan a la indefinición. Es un pensador que se ubica en la izquierda. Es de izquierda cuando critica a la ultraizquierda. Es de izquierda cuando critica a la derecha. Es de izquierda cuando critica a la propia izquierda. No se trata sólo de una posición teórica, sino muy claramente de una posición ética. Lucha contra la injusticia. Lucha contra la desigualdad. Desconfía del poder y de los poderosos: si no son culpables, al menos resultan muy sospechosos. Admira la resistencia y detesta la claudicación, así sea justificada por una lógica pragmática. Criticó a la Revolución cubana cuando no era políticamente correcto hacerlo. Criticó una medida de López Obrador cuando estaba en la punta de su popularidad (por el asunto del plantón de Reforma) y cuando éste había declarado públicamente que Monsiváis era su intelectual favorito. Comprometido con decir lo que pensaba, sin importar qué se opinara de él. Un rebelde, y en ese sentido se puede emparentar con José Revueltas, otro escritor de pocas pulgas. Si alguna vez perdió amigos, fue por una buena causa, o al menos por un buen chiste.

Monsiváis hizo la crónica-ensayo-historia de numerosos movimientos sociales. Supo mirar de inmediato su significado y trascendencia. Su capacidad de ver (la mirada que desarma) aportó al paisaje lingüístico nuevas fórmulas, o nuevas figuras, palabras que corresponden a un fenómeno también nuevo. Monsiváis, culpable del nuevo y generalizado uso de "sociedad civil", luego de que ésta, la sociedad civil, en su nueva acepción, surgió en los días del terremoto y fue descubierta por la mirada monsvariana. Pocos escritores analistas han aportado palabras renovadoras que se quedan para siempre en el habla nacional. Uno de ellos fue Guillermo Bonfil, que acuñó la frase "México profundo" para describir algo que después ya no pudo ignorarse ni llamarse de otro modo. Otro fue Monsiváis con la asimilación de "sociedad civil" que, más que de la literatura marxista gramsciana, proviene de la observación de la novedad de los movimientos sociales, y especialmente de la sociedad que saltó a la escena para responder organizada y solidariamente (organización instantánea y solidaridad innegable) a la emergencia de esos días. Monsiváis no indagó en una elaboración teórica, buscó y encontró las palabras para describir lo nuevo del fenómeno que se observa y en el que está inmerso.

Carlos Monsiváis creó un nuevo género, la "crónica-ensayo-historia", que empieza con el reconocimiento de

la tradición de la crónica del siglo XIX, se instala en esa línea y añade lo nuevo de la época, la influencia de la narrativa cinematográfica y las ideas fundadoras del nuevo periodismo estadounidense. Escribió lo que escuchó, y supo escuchar muy bien. José Emilio Pacheco lo observó desde la aparición de *Días de guardar* (si hubiera que señalar el libro decisivo de la obra de Monsiváis, habría que señalar ese libro, y si algún tema, habría que recordar el movimiento del 68). Dijo José Emilio que Elena Poniatowska con *La noche de Tlaltelolco* y Carlos Monsiváis con *Días de guardar* estaban haciendo lo que los novelistas no hacían. En particular, Monsiváis ofreció una narrativa literaria asentada en la crónica de lo inmediato; generó la atmósfera del momento pero también le dio profundidad por su conocimiento de la historia: en sus textos nunca hay un capítulo de antecedentes; los antecedentes están incluidos en el lenguaje y en el relato del presente; por eso son crónicas, ensayo, historia. Y son también literatura. En eso está emparentado con la novela de no ficción inventada por Truman Capote.

Monsiváis no es un autor de conclusiones fáciles, sino de nuevas preguntas. Su capacidad aforística no conduce a certezas, sino a nuevas incertidumbres. Así lo describe Fabrizio Mejía Madrid:

Ante el acontecimiento cultural o la tragedia persistente, siempre tendrá un aforismo profundo y desparpajado a la vez. Ejemplos al azar: "El subdesarrollo es no poder mirarse al espejo por miedo a no reflejar". "Entre nosotros y la moda se interponen los harapos." "Hasta los más apartados rincones de México han acudido al PRI, la Coca-Cola y la noción del complejo de Edipo." "Somos tantos en la ciudad de México que el pensamiento más excéntrico es compartido por millones." "Sólo una revolución obra la hazaña de anticiparse al cine." "He visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por falta de locura." "Si no tuve infancia, al menos permíteme tener *curriculum*".

Al leer a Monsiváis siempre te queda la sensación de que te acercó a la realidad para mejor apreciarla, para descubrirle nuevas puntas, y para adosarle nuevas preguntas. Te queda la sensación de que te hizo viajar alrededor de una idea brillante que no acabaste de aprehender. Te convence de que el asunto puede ser entendido pero nunca plenamente, de que todo acercamiento, por arte de magia, conduce a una nueva distancia. Por eso su obra literaria, que será discuti-

da e incomprendida por muchos años, tiene la forma de la fábula sin moraleja sencilla.

Monsiváis, el coleccionista, supo qué buscar y dónde buscarlo: en la Lagunilla o en los tiraderos. Nunca lo marginal sino lo cotidiano para expresar la sensibilidad popular, para descubrir una estética que está en todas partes y que sólo apreciamos cuando él la muestra. El Museo del Estanquillo es una de sus grandes obras. Si su obra escrita es inabarcable, también parecen serlo sus colecciones. No es fácil comprender la magnitud de su obra, pero sí reconocer que es indispensable para entender, tanto como sea posible, la historia de la nación mexicana.

Vamos a extrañar a Carlos Monsiváis, quienes lo leíamos y lo escuchábamos, y quienes no lo leían ni lo escuchaban. Quienes admirábamos su inteligencia y su congruencia intelectual, y quienes lo admiraban sin saber muy bien quién era, pero intuían que estaba, siempre estaría, del lado de los jodidos, y que su voz irónica no se cansaría de descubrir la injusticia.

Lo vamos a extrañar todos.

Lo va a extrañar el país.

